

Colonialismo

EL problema de la arquitectura nuestra, regional, con caracteres propios y originales de nuestro suelo ha recibido, en el pensar de muchos arquitectos, una solución que está lejos de aclarar completamente el problema. La solución ha sido el renacimiento de la arquitectura española de Hispano América, la copia más o menos fiel de las modalidades y aspectos de la llamada arquitectura colonial. El proceso ha terminado con la reproducción de una forma arcaica. ¿Dónde está la originalidad buscada?

En realidad ¿qué problema resuelven los arquitectos al afirmar que nuestra arquitectura debe ser la misma que realizaron los españoles, en el transcurso de varios siglos, en sus dominios de América? Aunque aquellas formas no sean servilmente copiadas y se las someta, en cambio, a las exigencias de la vida moderna y a sus necesidades, sólo habrá, en realidad, un proceso de adaptación de formas ajenas, más o menos bien encaminado, pero que siempre conservará en sus obras el sabor del estilo original, español o colonial hispanoamericano y por lo tanto ajeno a nuestras modalidades actuales. A no ser que pretendamos identificarnos completamente o bien con los pueblos españoles o con los pasados periodos coloniales.

En realidad, de una pretensión tal o parecida deriva el movimiento colonialista. En las diversas razones que se han dado para justificar esa corriente se ha hecho valer la persistencia de caracteres raciales que justifican la apropiación o imitación de una estructura espiritual propia del periodo del coloniaje expresada por los gustos o las tendencias de aquella época. "Somos, se ha dicho, los continuadores y herederos de aquellas sociedades. Debemos conservarnos como un grupo étnico definido y compacto y templarnos en el ejemplo de aquella edad feliz de la colonia, como Anteo en el contacto con la Madre Tierra, para cobrar fuerzas en la lucha y resguardar de las influencias ajenas el tesoro de la tradición".

Tales son, en síntesis, las guías directrices del movimiento colonialista. Por desgracia para los partidarios de esa doctrina, ni existe la unidad étnica por ellos reconocida ni la tradición tiene los caracteres de fuerza y belleza que los mismos le asignan.

Somos, ante todo, un pueblo cosmopolita, formado por el aporte de diversas nacionalidades que si bien han ido adaptándose a nuestras costumbres, han contribuido poderosamente, por otra parte, a modificarlas y que seguirán siendo, a pe-

sar de todo, un fermento de renovación. Influencias extrañas han intervenido también en el proceso de nuestra evolución, marcando su sello en nuestra constitución de pueblo libre, influencias que, como la de la Revolución Americana y la Francesa han determinado una orientación definitiva de nuestras aspiraciones políticas o de nuestra estructura social.

Quizá otros países de América, por razones especiales o por simple situación geográfica han permanecido más alejados de esas corrientes transformadoras o se han mostrado impermeables a ellas; pero lo cierto es que para nosotros tales son los hechos y así debemos encararlos. Entendemos que cuando se habla de *nuestra arquitectura*, de *nuestro arte*, de *nuestro estilo* hay una referencia a una arquitectura, un arte o un estilo propios del Uruguay o del Río de la Plata. En su sentido más general, aceptamos que pueda referirse a la América española; pero de ninguna manera podemos convenir en que debe ser nuestro estilo un estilo típicamente español, realizado por españoles en tierras también de España. Tal aceptación implicaría un renunciamento, una negación de nuestra personalidad o, por lo menos, del deseo de poseerla. Por lo mismo que somos un pueblo cosmopolita, nuestra personalidad no está aún definida. A eso debemos tender, a definirla, no ha de disfrazarla o desviarla del tipo según el cual el Tiempo, amalgamando los grupos étnicos de nuestra nación, plasmará nuestro carácter definitivo. Reconocemos, sí, la nobleza de las aspiraciones que guían a los partidarios del Colonial — en el fondo sólo desean dar a nuestro arte el carácter y la personalidad que falta, aspiración muy legítima y laudable, — pero los creemos también equivocados.

El error consiste no sólo en considerar a nuestro pueblo como un grupo de unidad étnica definida y hacerle aceptar un arte que en el fondo es extraño — como podría serlo el renacimiento italiano o francés de los cuales, sin embargo, estamos tan cerca por cultura — sino en encontrar justificada esa apropiación por la fuerza de una tradición que se presenta deformada para que tenga el valor que se le atribuye.

¿Cómo se ha iniciado esta corriente tradicionalista? Ante todo creemos que no ha nacido espontáneamente o, dicho en otra forma, no ha venido a llenar una necesidad colectiva, una aspiración unánime, que tal cosa hubiera sido necesaria para alentar, dar calor y vida a un movimiento generalizado y germinado obscuramente en el al-

ma popular. El recuerdo de los viejos tiempos del coloniaje dormía en la conciencia del pueblo y siendo este cada vez más íntimamente renovado por el aluvión ininterrumpido de la inmigración de razas extrañas, — a las cuales, reconociémoslo noblemente, debemos nuestro progreso, — no tenía tiempo para volver los ojos a lo pasado. Bastábale el culto de los Héroes nacionales para mantener el calor del afecto patrio; pero nada más. Lo porvenir interesaba con mayor fuerza que la obscura época del vasallaje. Tal carácter es en los pueblos jóvenes una potencia formidable. Y así, en estos países nuevos, por lo menos en los del Río de la Plata, él constituye la razón del porque son absorbidos y asimilados con una facilidad tan prodigiosa, los tipos de las más diferentes razas que van así agregándose al grupo cada día de mayor capacidad energética.

Sin embargo, producida la segregación de las Colonias, existía aún un fuerte lazo entre la ex-Metrópoli y las nuevas nacionalidades: el idioma. Esto sólo bastaría para crear un estado de espíritu particular y una corriente de afecto que se conservaría aún cuando la orientación de la cultura hubiera derivado hacia otras fuentes por efecto de la influencia que las ideas de la Revolución Francesa habían de tener en la Emancipación Americana, cuyo precursor fué justamente un soldado de la Primera República, el general Miranda, uno de los más valerosos segundos de Dumouriez.

Imposibilitada España de defender sus colonias de América, fracasado por el pronunciamiento de Riego en el año 20 su última tentativa de reconquista, después de Ayacucho abandona completamente a las Américas, solicitada también su atención por los sucesos que se desarrollan en su propio suelo, que habían de mantenerle convulsionado desde la invasión napoleónica hasta los últimos años del siglo XIX; pero si bien España deja de lado los pueblos de América, en éstos se siente el lazo del idioma y las simpatías que derivan, y nace así en ellos la corriente del Hispano-americanismo, de la cual, como es lógico, son principales propulsores los núcleos españoles asentados en América, a los cuales se unen los nativos que, por su ascendencia hispánica se sienten más inclinados a ella.

El Hispano-americanismo constituye un noble esfuerzo en pro de una finalidad generosa, que, afortunadamente, ha sido ya ampliamente lograda: el acercamiento espiritual de España con el de las naciones americanas, nacidas de ella y hablando su propia lengua. Los sentimientos hostiles que en un tiempo pudieron manifestarse y que hicieron crisis en la guerra del Pacífico, son una aberración sin disculpa, fruto de los rencores que el tiempo ha eliminado en absoluto.

Sin embargo, en esta corriente se ha ido más allá de lo lógico. Se ha querido objetivar esa simpatía espiritual dándole derivaciones a otros terrenos, buscándose un tutelaje que nuestra idiosincracia no acepta y sin pensarse que por nuestra conformación política y social y por nuestros intereses, nuestras aspiraciones son distintas cuando no opuestas a las que pueden agitar el alma española. Una de esas derivaciones que pondría un sello tangible a la realidad de esa simpatía es, justamente, el renacimiento en estas tierras de la arquitectura española.

La tradición, se dice, impulsa ese movimiento. Y sabemos lo que vale la tradición en la vida espiritual de un pueblo. Es su ejecutoria de nobleza, su abolengo. Por eso, cuando no existe, se la inventa, para crear esa fuerza que si a veces es negativa y conduce al estancamiento de un pueblo, es siempre un motivo de más o menos legítimo orgullo. Pero la historia puede a menudo desautorizar lo que la leyenda afirma. No importa. El tradicionalista sigue pensando que en la leyenda hay algo de historia y que en ésta puede haber mucho de leyenda.

¿Cuál es la realidad histórica de esa tradición? El historiador Acevedo dice refiriéndose a ese período colonial: "La historia del pueblo uruguayo arranca realmente de las invasiones inglesas".

"Hasta el arribo del almirante Popham y del general Beresford al Río de la Plata, Montevideo y los demás centros de población uruguayo eran simples engranajes de una organización militar genuinamente española, de la que estaban sistemáticamente excluidos los criollos y todos sus intereses cívicos y económicos".

"El español procedente de España era el dueño del gobierno y sus intereses eran los únicos que se tomaban en cuenta".

"La vida oscura, casi claustral, de la población criolla, torna así la historia primitiva del Uruguay en historia exclusivamente española con personajes españoles, únicos que se mueven en el escenario hasta la rendición de Buenos Aires a las tropas inglesas".

"Durante los trescientos años que median entre la toma de posesión por Solís y la reconquista de Buenos Aires, el Uruguay resulta entonces un trozo de España, sin historia propia, sin derechos y sin intereses propios...." vale decir, sin ninguna de las prerrogativas que hubieran permitido acusar características autóctonas dignas de ser conservadas.

La invalidez de toda América era tal que el mismo historiador aporta este dato sugestivo: de 174 virreyes y de 616 gobernadores habidos durante los trescientos años de coloniaje, solo 4 de los primeros y 14 de los segundos fueron americanos. El resto había venido de España.

ARQUITECTURA

Eran tales las ideas de la época que, pisando ya los umbrales de la emancipación, el obispo Lúe sostenía en el Cabildo abierto de 1810 en Buenos Aires: "Que mientras existiese en España un pedazo de tierra, debía España mandar en las Américas; y que, mientras existiese un sólo español en las Américas, ese español debía mandar a los americanos, pudiendo sólo venir el mando a los hijos del país, cuando ya no hubiese un sólo español en él". (citado por Acevedo y Mitre en su Historia de Belgrano.)

Por su parte el Virrey de Perú Abascal expresaba que: "los americanos eran hombres destinados por la naturaleza a vegetar sólo en la obscuridad y el abatimiento".

Tal exclusivismo estaba aún agravado por los absolutismos dominantes en América e impuesto por la Metrópoli:

El absolutismo político, siendo en realidad la América un feudo del rey de España, — atribuido por el Papa Alejandro IV; el absolutismo económico derivado del sistema comercial impuesto a la Colonia; el absolutismo religioso y el absolutismo filosófico.

Todos estos factores se juntaban a otros menos especificados para mantener una sociedad embrionaria. "Esta sociabilidad rudimental con instintos de independencia y gérmenes nativos de democracia — dice Mitre en su historia de San Martín — entrañaba todos los vicios esenciales y de conformación de la materia originaria y del grosero molde colonial en que se había vaciado, a la par de los que provenían de su estado embrionario, de su propia naturaleza y de su medio. Los desiertos, el aislamiento, la despoblación, la carencia de cohesión moral, la bastardía de las razas, la corrupción de las costumbres en la masa general, la ausencia de todo ideal, la falta de actividad política e industrial, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos que, produciendo una semi-barbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían a viciar el organismo en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar".

"Para que la obra de aislamiento económico fuera estable, dice Acevedo, debían las colonias permanecer en la ignorancia, y con ese propósito se difundían prevenciones y se dictaban medidas encaminadas a deprimir el nivel intelectual de los criollos".

La venta y la circulación de libros estaba prohibida sin licencia del Consejo de Indias. Se prohibía el uso de la imprenta. Al iniciarse los primeros movimientos emancipadores, recrudescen la severidad. Se prohíbe la circulación de medallas conmemorando la independencia de los Estados Unidos y en Nueva Granada, Antonio Nariño es

condenado a la pena de presidio en Africa y a la confiscación por el supuesto delito de haber impreso la Declaración de los Derechos del Hombre. Este libro es también quemado ante su presencia. (Mitre ob. cit.)

Ahora bien: de esa época, tan despreciable por su cultura, tan ajena a lo que debe ser nuestro, ¿puede nacer fundadamente el basamento de nuestra orientación estética? ¿Puede tomarse ese período de nuestra historia con un valor tal que justifique nuestro sometimiento presente? Concebimos el tradicionalismo en países que tienen una tradición gloriosa para hacer valer y en la cual pueden ver los hechos de su historia magnificados por el orgullo de un pasado en el que vibran las virtudes de una raza. Concebimos el tradicionalismo en países como España, o Francia o Italia, porque la historia de esos pueblos está llena de grandes empresas; pero nosotros ¿hemos de encontrar también gloriosa nuestra oscura mediocridad colonial?

Ese arte que fué arte genuinamente español, realizado por españoles, por monjes franciscanos o por los jesuitas, por las poderosas familias que vinieron a estas tierras a reinar ¿podemos, honestamente, llamarlo *arte nuestro*? Las diferencias que vemos entre el colonial y el arte español originario no son más que superficiales, más bien imperfecciones debidas a la relativa capacidad de los realizadores que quizá, muchas veces, tratarían de reproducir de memoria lo visto en la Madre Patria, y a la rudeza de los mismos obreros; pero aunque ese arte fuera esencialmente distinto del arte de la Península, no por eso dejaría de ser español.

Si reducimos el problema a nuestro país, aún encontramos más precaria la situación de ese arte colonial, porque prácticamente ese arte no existe en nuestro suelo. Fuera del Cabildo y la Matriz, lo colonial que poseemos es tan pobre que bien podemos considerarlo como cantidad despreciable. El arquitecto que quiera hacer arte colonial, empezará por copiar lo que se ha hecho en otras partes de América; pero este mismo arte no ha de darle muchos recursos y así es como el arte que se dice inspirado en el colonial concluye imitando la arquitectura de la Península, resultado lógico pues entre la copia adulterada y el modelo perfecto, la elección no puede ser dudosa. Y es así como vemos este resultado desconcertante: de lo colonial barroco o plateresco que se realizaba de acuerdo con los modelos del Perú, Méjico o Argentina, se ha llegado a reproducir indiferentemente cualquier arte regional de España. Así se pueden ver ya arquitecturas que tanto se inspiran en el árabe del sur como en los estilos vascos del norte. Lo que prueba que lo co-

ARQUITECTURA

jonal va pasando, por carecer de la originalidad y cohesión que pudieran hacerlo fecundo.

Más vale así. El colonial no podía durar, apoyándose, como hemos visto, en una base histórica o razón tradicionalista que no tiene la solidez que se le atribuye, y que, para nosotros, es aún más falsa, si tenemos en cuenta que nuestra organización dentro de las colonias, empieza recién a tomar cuerpo mucho después de fundado Montevideo, entrado ya el siglo XVIII en su segunda mitad y por lo tanto no lejos del período revolucionario en el cual recién empezarán las colonias a tomar fisonomía propia.

Así es como la misma moda del colonial nos viene de afuera, de la Argentina. Nosotros solos no hubiéramos pensado en ella. En la Argentina existen ejemplos de ese arte; además, existe otra cosa que poseemos en menor grado: el gusto tradicionalista, el *abolengo*. A este hay que darle una pátina de vetustez: entonces se da brillo y valimiento a toda la larga época colonial. Y así se puede hablar de "nuestros antepasados del siglo XVII o de nuestro arte del siglo XVI". Lo cual, indudablemente, es muy decorativo.

Fuera de la razón tradicionalista no vemos ninguna otra de peso para hacer aceptar lo colonial, pues como valores plásticos este arte no presenta la riqueza de los estilos originales ni la ciencia de estos. Y ya hemos visto que pocos motivos o razones históricas tenemos para mantener ese tradicionalismo.

Lo que llamamos *nuestra tradición* es un ínfimo detalle en la rica y gloriosa tradición española y como americanos y si queremos ser tales, poco motivo de regocijo podremos encontrar en tan largos años de servidumbre, si hemos de ser respetuosos con nuestra historia. Lo que llamamos *nuestro arte* es un arte genuinamente de españoles, que estos nos han cedido generosamente o que nosotros nos hemos apropiado arrancándolo a su brillante patrimonio pero que no podemos aceptar sin menoscabo de nuestra personalidad. Lo que llamamos *nuestra raza*, nuestra filiación hispánica, es un invento de última hora, fruto de una apasionada simpatía, de una calurosa admiración que ha hecho olvidar el verdadero carácter de este pueblo: su cosmopolitismo. El ar-

te español de las colonias no tiene, por tanto, más derecho a la hegemonía que un arte que expresara alguna de las modalidades de nuestra cultura latina.

En estos momentos en que los valores estéticos en arquitectura sufren una profunda revisión y una depuración tan radical como la historia no ha presenciado otra, la teoría colonialista ha venido a nuestro medio, cargada de romanticismo, a aumentar el desconcierto y a producir notables desviaciones en el sentimiento estético. Hemos sufrido las consecuencias de una falacia y hemos tomado como una realidad lo que sólo era el fruto de nuestro deseo.

Alejándonos en el tiempo, hemos visto aquella edad del coloniaje como una edad que nos imponía por sus virtudes un deber de consecuencia. Todas las épocas, vistas así, en sus matices y tonos dominantes, desembarazadas del farrago de las menudencias del diario vivir, parecen mejores porque nuestra imaginación, predispuesta por la simpatía, reconstruye, como un mirage, un cuadro primoroso donde ponemos todo lo que encerramos en nosotros. Pero la arquitectura de un pueblo no puede asentarse sólo sobre tan frágiles bases. Hace falta más lógica, más racionalismo.

Nuestra arquitectura no puede separarse mucho de las modernas corrientes. Poco a poco, a medida que nuestros prejuicios se eliminen, iremos acercándonos a ellas. La vida del ser humano se va haciendo única y universal, las costumbres se unifican, los mismos problemas apasionan, a veces, a la Humanidad entera: el regionalismo cede entonces su trono a un sentir más general y si no muere totalmente, no lucha ya por imponerse como único y absoluto señor.

La moda del colonial pasará como han pasado otras modas. Nuestra personalidad nunca podrá reconocerse en esas formas arcaicas, gestadas en una época sin brillo de nuestra lenta evolución. Lo que siempre existirá, en cambio, es la constante inquietud, el impulso hacia adelante generador de nuevos horizontes estéticos que la razón depura y el instinto artístico de una raza enriquece con sus formas bellas.

A.